

ENTRE CLARA Y JULIA
(Dos poetas puertorriqueñas)

POR

ROSARIO FERRE
University of Maryland

*Si del no ser venimos y hacia el no ser marchamos,
nada entre nada y nada, cero entre cero y cero,
y si entre nada y nada no puede existir nada,
brindemos por el bello no ser de nuestros cuerpos.*

JULIA DE BURGOS

*¡Mirar el mundo todo como brusca humorada
y a cambio de su nada darle también mi nada!*

CLARA LAIR

Clara Lair y Julia de Burgos, las dos poetas de mayor talento en Puerto Rico, constituyen hoy un arcano: sus vidas, así como también sus obras, permanecen envueltas en el misterio. Esto no resulta sorprendente, dada la personalidad de sus compatriotas. A los puertorriqueños nos encantan los misterios, porque nos permiten elucubrar historias delirantemente fantasiosas alrededor de ellos. Un buen chisme puertorriqueño tiene más potencial de entretenimiento que veinte telenovelas mexicanas o venezolanas, sobre todo si se encuentra sazonado con un poco de verdad, que, como la pimienta en el guiso, suele sacar a flote los más taimados sabores de la mentira. Algo de esto sucede hoy con la vida y la obra de Clara y de Julia. Las historias sobre ambas abundan en los círculos de contertulia intelectual, pero casi nadie ha estudiado a fondo su poesía; no existen estudios autobiográficos sobre ellas; escasamente si hay media docena de ensayos críticos serios publicados sobre sus obras.

El enigma de Clara y Julia resulta interesante, porque a pesar de que provienen de ambientes muy diferentes, son como el positivo y el nega-

tivo de una misma foto: la vida de una es la copia, en reverso de claridad y sombra, de la vida de la otra. Sus obras poéticas tienen mucho en común, y constituyen el último envión de la poderosa corriente de poesía femenina postmodernista de comienzos de siglo. El que sus obras se desconozcan en el continente, dado nuestro aislamiento cultural, no las hace pertenecer menos a esa extraordinaria generación de escritoras hispano-americanas que sentaron las bases para la obra de las poetisas mujeres que las precedieron.

Clara Lair es el seudónimo entrañable, por su provincialismo ingenuo, de Mercedes Negrón Muñoz. El seudónimo constituyó una doble negación de esos apellidos macizos, aplastantemente masculinos, del orden patriarcal español: Negrón Muñoz. Pero Clara no sólo es clara, transparente y translúcida, imagen de lo femenino y de lo etéreo; es también liviana como el aire, es una claridad hecha de aire. Clara Lair es un ardid premeditado que le permite a la mujer aristocrática desvanecerse, esfumarse tras una vaharada levemente reminiscente a perfume francés. Clara nació en Cidra, en 1894. Cidra es un pueblecito de unos veinte mil habitantes, famoso por sus cidras, así como por sus naranjas, ubicado en las laderas del escarpado macizo central de la isla. Clara pertenecía a la aristocracia feudal isleña: era sobrina de Luis Muñoz Rivera, poeta, político y líder máximo del Partido Autonomista a fines del siglo XIX y comienzos del XX, y prima de Luis Muñoz Marín. A los veinte años Clara emigró con su familia a Nueva York, donde vivió catorce años en el Village. Trabajó durante un tiempo como secretaria de un banquero neoyorquino, a quien dedicó su primer libro: *Un amor en Nueva York*. En este libro Clara contaba la vida cálida, llena de sentimiento, de color y de sabor, de la isla lejana, con esa tierra «fabulosa y triste», de trenes elevados y enormes edificios de vidrio, donde las flores, como la comida, eran incoloras e inodoras, flores y alimentos «de invernadero».

La ironía es ya, en estos poemas al «Príncipe de Park Avenue», el estilete lleno de gracia con el cual Clara va tallando las diferencias entre dos visiones del mundo radicalmente diferentes, la del frío materialismo del norte y la de la apasionada humanidad del sur:

Cuando no hay sino la pared amarilla
y el tin-tin-retintín de la maquinilla...
Llega indiferente Don Felipe de Rior...
Don Felipe es un yankee de gala aristocrática,
aprendió en la Argentina el decir de la gracia...
y el callar del triunfo lo aprendió en Nueva York.

Eternamente en víspera o término de un viaje,
Don Felipe de Rior es aquel personaje
que siempre va de prisa y no lleva un reló...
Un título moderno: Príncipe de Park Avenue...
Su trono: una oficina... Y su gran homenaje,
el vaivén de papeles de una corporación...

No hay al paso del Príncipe ni un toque de cornetas.
No hay al paso del Príncipe ni un curvar de siluetas...
Hay sólo finos gestos, sin frialdad ni calor...
Don Felipe es callado, y seco, y altanero...
Quizás su único rápido saludo lisonjero
es para una taquígrafa... que le calla un amor...

Clara abandona Nueva York en 1937, cinco años antes de llegar Julia a esa ciudad. Al momento de su regreso, la sombra de una figura monumental comienza a proyectarse sobre la isla: su primo Luis Muñoz Marín, fundador del Partido Popular Puertorriqueño, adquiere cada vez mayor influencia sobre su destino. En 1944 llega a la gobernación, por una mayoría abrumadora, y permanece en el poder durante veinticuatro años. Clara y Muñoz fueron amantes durante varios años en esta época. Compartían no sólo una niñez común en las fincas paternas de Cidra y Barranquitas y los años en el Village, sino también una auténtica pasión por la poesía. Muñoz Marín, como su padre antes que él, también fue poeta, o más bien, «poetastro». A pesar de los que afirman, en los libros de historia literaria, la calidad sublime de su poesía, sus versos desgraciadamente jamás se elevaron más allá de las retaconas almenas del Palacio de la Fortaleza.

El romance entre Clara y Muñoz Marín no se menciona en ninguna de las biografías que se han escrito sobre el prócer hasta el presente. Clara vivía en un pequeño departamento en el quinto piso de un edificio situado detrás del Palacio, donde Muñoz la visitaba y le enviaba semanalmente una rosa blanca. El edificio todavía existe, sus balcones en arco con aleros de tejas recuerdan un dilapidado palomar, desde cuya altura se domina uno de los panoramas más impresionantes de la capital: la entrada, por el ponto del Cañuelo, a la espejeante bahía de San Juan.

Clara publicó, en *Trópico amargo*, una serie de poemas en los cuales se refiere, con ingenuidad desafiante, a su relación con aquel hombre, que ya por aquel entonces era conocido en todas partes como «El Líder». Los poemas al «Líder» son joyas de ironía femenina: por un lado Clara alaba (casi excesivamente) las proezas heroicas del «homagno», mientras que por otro lado le recuerda de dónde viene, hablándole de ese pasado

común y pedestre que ambos compartieron, y del cual el «homagno», por más que ascienda la escalera de la fama, nunca podrá librarse. En este mismo libro Clara publicó un poema que constituyó, para la sociedad de la época, un escándalo aún más candente que el hecho de reconocer públicamente el ser la querida de «El Líder». El poema, intitulado «Pardo Adonis», describía sus amores con un joven negro, quien, para colmo de la vergüenza de su educación aristocrática, la abandonó por otra mujer:

De la uva exhausta de mis cinco sentidos exprimo
 en tu honor, pardo Adonis, esta gota de vino...
 ¡Vino de tedio tinto!
 ¡Hincha a solas el río seco de mi instinto!
 ¡Hincha y suelta mi río hacia el bosque perdido
 de lo desconocido!
 El día, pardo Adonis, donde mi tedio estanco,
 es todo blanco...
 ¡Tedio de la blancura, del color sin color...!
 ¡Por tu cuerpo y la noche, de mis ojos lo arranco!
 ¡Mis ojos quieren sombra!
 ¡Mis ojos quieren triste resplandor!
 Mi pena quiere alfombra
 y cortinaje negro...
 Mi pena quiere frente a sí el allegro
 de máscara de tu reír sin fondo...
 ¡Tu risa, flor de hiel!
 De mi guarda, la raza, fugitiva me escondo,
 y un éxtasis mi alma a tu cuerpo le roba...
 Extasis hondo
 de selva de caoba, de canela, de miel...
 De la uva exhausta de mis cinco sentidos exprimo
 en tu honor, pardo Adonis, esta gota de vino...
 ¡Mi orgullo rancio en él te doy!
 Tú... que quisieras ser lo que yo soy:
 ¿no adviertes de mi estrella el menoscabo?
 Tú... que fuiste mi esclavo:
 ¿no palpas la carcoma de mi raza?
 Tú... a quien yo quemé la piel y di mordaza...
 ¿no gozas en el rictus de mi alma quebrándose,
 el espasmo salvaje de tu alma vengándose?

Clara vivió hasta los ochenta años. Pasó los últimos de su vida en soledad total, acompañada por una docena de gatos que vivían con ella en su departamento frente al mar. Se decía que estaba algo tocada de la cabeza, que no se bañaba y que no limpiaba las necesidades de los ani-

males, cuyo hedor les resultaba insoportable a los vecinos. Una mujer que vive hasta los ochenta años en Puerto Rico, sola y sin protección económica (Clara trabajó muchos años como bibliotecaria de la Biblioteca Carnegie de San Juan), lleva a cabo, sin duda, una proeza. Creo que la audacia de Clara supera la de poetas como Alfonsina Storni o Delmira Agustini, porque ella tuvo el valor de no suicidarse, de seguir viviendo. Desde su desvencijado palomar vio pasar los sepelios de sus poderosos amigos, en su tránsito desde la Fortaleza hacia los campos del olvido histórico y de la indiferencia universal.

Julia de Burgos nació en el pueblecito de Carolina, en 1917. Carolina es un pueblo cañero, cercano a la Central Aguirre y otras centrales de la costa noroeste de la isla. Los padres de Julia eran campesinos arrendatarios, que perdieron su pequeña fortuna durante los últimos años de la década de los treinta, década que debería llamarse La Década Negra, por la magnitud del hambre y de la pobreza que asolaban entonces la isla. Julia era mulata, de ojos verdes y cabello castaño claro. Su madre tuvo que hacer grandes sacrificios para enviarla a la escuela superior de la Universidad, donde luego estudió para ser maestra.

Al comenzar a publicar sus poemas Julia también adoptó, como Clara, un seudónimo. En el caso de Julia no hay necesidad de una máscara total. La clase media es más indulgente con las mujeres que se destacan por los campos de la genialidad y de la fama. El seudónimo es, en este caso, un intento de enaltecer el nombre y la casta, identificándose con la antigua capital castellana, sede de reyes visigodos y de cristianos viejos. Julia Burgos se transforma en Julia *de* Burgos, y su nombre se llena así de ecos románticos y heroicos, que nos trasladan de inmediato al mundo de Doña Jimena y del Cid Campeador.

Julia abandona para siempre la isla en 1940. Se había enamorado de un hombre de «buena familia», como se decía entonces. La identidad de este personaje es hoy todavía un misterio. Algunos dicen que era cubano, otros que era dominicano. En los pocos artículos y ensayos que existen sobre Julia se le llama siempre el Señor X. Hasta Consuelo Burgos, su hermana, habla del Señor X, con quien Julia «se escapó» a Cuba. El Señor X (a quien hoy todo el mundo insiste en proteger) abandonó finalmente a Julia en Cuba, por motivos raciales.

Julia llegó a Nueva York en 1942, sin equipaje y con cinco dólares en el bolso. Mr. X la había montado en el avión en La Habana, sin darle ni siquiera la oportunidad de recoger sus pertenencias. Julia tenía veintiséis años; vivió los próximos once años mayormente en Nueva York, aunque pasó algún tiempo en Washington, donde trabajó en la oficina del coordinador de Asuntos Interamericanos. Julia bautizó a Washington «la

Capital del Silencio», y aparentemente no fue feliz allí. Encontraba aburridos a los habitantes, empleados grises de la maquinaria burocrática más grande del mundo. Donde se sentía feliz y a sus anchas era en El Barrio, en esa «Segunda Patria» que comparten hoy millón y medio de puertorriqueños exiliados en Nueva York .

En Nueva York Julia demostró una versatilidad asombrosa para desempeñar empleos sorprendentemente diversos. Trabajó como inspectora óptica, como técnica de laboratorio, como vendedora de lámparas, como periodista de *Pueblo Hispano*, como secretaria y como costurera. Pero ni esta versatilidad inusitada ni su apasionada vocación poética lograron salvarla del desastre que significó para ella la repetida desilusión amorosa. Al desastre con Mr. X sucedieron otros fracasos románticos y, a los siete años de su llegada a Nueva York, Julia era ya una alcohólica. Los últimos tres años de su vida fueron un suicidio lento, que transcurrió de hospital en hospital. Una noche del año 1953 (tenía treinta y siete años) la encontraron inconsciente en la esquina de la 105 y la Quinta Avenida. Como no tenía documentos, la enterraron en la fosa común del estado de Nueva York. Un mes más tarde sus amigos descubrieron el paradero del cuerpo, y sus restos fueron exhumados y llevados a Puerto Rico. Se le celebró entonces en el Ateneo un sepelio irónicamente muy concurrido, al que asistieron las personalidades literarias más importantes de la época. Su poema «Yo misma fui mi ruta» puede servir de trágico epígrafe a su vida:

Yo quise ser como los hombres quisieron que yo fuese:
 un intento de vida;
 un juego al escondite con mi ser.
 Pero yo estaba hecha de presentes,
 y mis pies planos sobre la tierra promisoro
 no resistían caminar hacia atrás,
 y seguían adelante, adelante,
 burlando las cenizas para alcanzar el beso
 de los senderos nuevos.

A cada paso adelantado en mi ruta hacia el frente
 rasgaba mis espaldas el aleteo desesperado
 de los troncos viejos.

Pero la rama estaba desprendida para siempre,
 y a cada nuevo azote la mirada mía
 se separaba más y más y más de los lejanos
 horizontes aprendidos;
 y mi rostro iba tomando la expresión que le venía de adentro,

la expresión definida que asomaba un sentimiento
de liberación íntima;
un sentimiento que surgía
del equilibrio sostenido entre mi vida
y la verdad del beso de los senderos nuevos.

Ya definido mi rumbo en el presente,
me sentí brote de todos los suelos de la tierra,
de los suelos sin historia,
de los suelos sin porvenir,
del suelo siempre suelo sin orillas
de todos los hombres y de todas las épocas.

Y fui toda en mí como fue en mí la vida...

Yo quise ser como los hombres quisieron que yo fuese:
un intento de vida;
un juego al escondite con mi ser.
Pero yo estaba hecha de presentes;
cuando ya los heraldos me anunciaban
en el regio desfile de los troncos viejos,
se me torció el deseo de seguir a los hombres,
y el hombre se quedó esperándome.

Aunque resulta difícil afirmar que Julia fue mejor poeta que Clara, es necesario reconocer que su obra es más importante, porque escribió mucho más y porque su visión del mundo es más universal. Julia tocó temas que ninguna escritora latinoamericana se atrevió a examinar antes que ella, como, por ejemplo, el problema racial, la emancipación de los obreros y la lucha de clases. Julia comparte hoy, en este sentido, con Luis Palés Matos, el título de «poeta máximo» puertorriqueño. ¿Por qué digo entonces, al comienzo de este ensayo, que Clara y Julia constituyen el positivo y el negativo de una misma foto, de una misma vida proyectada en claridad y sombra? ¿Por qué, en este juego de proyecciones anímicas, escojo hoy a Clara, siendo sin duda Julia la mayor poeta? La confluencia de sus vidas es evidente: ambas se exiliaron a Nueva York por más de una década; ambas tuvieron amoríos con hombres poderosos que hoy la «historia» y la sociedad se afanan en proteger; ambas desafiaron las normas sociales de su época. Hasta sus diferencias de origen sirven para hermanarlas. El origen patricio de Clara y el humilde de Julia desembocó en una misma pasión: el deseo de adquirir, contra viento y marea, contra todas las dificultades que implicaba el haber nacido mujer en una isla pobre y atrasada del Caribe, un conocimiento intelectual que entonces

sólo era patrimonio de los hombres. Pero en esa lucha a pluma armada que constituyó sus vidas, Clara supo defenderse mejor. A diferencia de Julia, cuyos poemas muchas veces se consumen, como los de las modernistas latinoamericanas, en fatuas hogueras suicidas, los poemas de Clara, contruidos con los restos irónicos de esa hoguera, han adquirido con el tiempo una serenidad indestructible. En ellos la pasión amorosa cede su lugar al reconocimiento del don poético, a esa sabiduría del poder creador que es ya razón suficiente para seguir viviendo.

BIBLIOGRAFIA

- JULIA DE BURGOS: *Obra poética*. Prólogo de José Emilio González. San Juan, P. R., Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1961.
- : *Poema en veinte surcos*. San Juan, P. R., Imprenta Venezuela, 1938.
- : *Poesía*. Ilust. de Torres Martinó. San Juan, P. R., Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1914.
- : *El mar y tú*. San Juan, P. R., Ediciones Huracán, 1981.
- : *Canción de la verdad sencilla*. San Juan, P. R., Ediciones Huracán, 1982.
- : *Poema en veinte surcos*. San Juan, P. R., Ediciones Huracán, 1982.
- Homenaje de Julia de Burgos*, en *Mairena*, año VII, núm. 20, 1985, Río Piedras, P. R.
- CLARA LAIR [Mercedes Negrón Muñoz]: *Arras de cristal*. San Juan, P. R., Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1937.
- : *Obra poética*. Ordenación, notas y prólogo de Vicente Geigel Polanco. San Juan, P. R., Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1961.
- : *Trópico amargo*. *Arras de cristal*. *Más allá del poniente*. San Juan, P. R., Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1950.

NOTAS

Clara Lair nació en Cidra, Puerto Rico, en 1894 y murió en San Juan en 1976. Publicó *Arras de cristal* (1937), *Trópico amargo* (1950) y *Más allá del poniente* (1950).

Julia de Burgos nació en Carolina, Puerto Rico, en 1917 y murió en Nueva York en 1953. Publicó *Poema en veinte surcos* (1938), *Canción de la verdad sencilla* (1939) y *El mar y tú* (1954).